

# Por un periodismo que retorne a sus comunidades

**José Miguel Labrín**

Universidad de Chile, Santiago, Chile  
jmlabrin@uchile.cl

La Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile fue la primera que se fundó en el país. En 2023, conmemoró siete décadas formando a periodistas, reporteras/os, editoras/es y comunicadoras/es que han contribuido al desarrollo del campo profesional y académico. En el marco de esta conmemoración, su director, el profesor José Miguel Labrín, propone reconectar al periodismo con las comunidades a las que sirven, en sintonía con la necesidad de retejer la democracia. “Solo es posible la construcción democrática del convivir”, dice Labrín, “con un periodismo que retome los intereses de los ciudadanos y pueda trabajar desde allí la preocupación por el bienestar colectivo, es decir, lo propio de lo público”. La siguiente es una versión editada del discurso de la ceremonia oficial celebrada en octubre de 2023 en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

\* \* \*

Es un privilegio estar hoy ante ustedes para celebrar el septuagésimo aniversario de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. En este aniversario, no solo conmemoramos la fundación de una institución educativa señera en el país y Latinoamérica, sino también el legado de generaciones de periodistas que han moldeado la narrativa de nuestra nación y han defendido los valores fundamentales de la democracia.

Esto, que tanto nos enorgullece como escuela, demuestra un sello que durante siete décadas se ha forjado a la par de las transformaciones mundiales sobre el valor del periodismo en la construcción del espacio público. Casi de manera contingente al establecimiento de las primeras escuelas de pe-

riodismo, a principios del siglo XX, ya casi un siglo, dos intelectuales, Walter Lippmann y John Dewey, desarrollaron una profunda discusión sobre el papel del periodismo en una sociedad democrática. Sus ideas han seguido resonando, obligándonos a enfrentarnos a preguntas fundamentales sobre las responsabilidades y los desafíos que enfrentan los periodistas y su formación.

Walter Lippmann sostenía que la complejidad del mundo moderno requería una forma de periodismo en la que los expertos y profesionales orientaran la información, presentándola de manera coherente para el consumo público. Lippmann creía en el concepto de un público informado, pero también reconocía que esta información tenía que ser cuidadosamente seleccionada y contextualizada para evitar la desinformación.

Por el contrario, John Dewey, filósofo y educador, defendió la idea de un periodismo que involucrara activamente a los ciudadanos en el proceso democrático. Imaginó una escena mediática en el que la gente participara activamente en la creación y difusión de noticias, situando el periodismo como un lugar de anclaje entre la entonces nueva formalización del periodista con el desarrollo de un proceso social mayor. Dewey argumentó que esta forma participativa de periodismo era esencial para fomentar una ciudadanía informada y comprometida, fortaleciendo así los cimientos mismos de la democracia.

A medida que nos encontramos en la encrucijada de la era digital, el debate Lippmann-Dewey nos recuerda constantemente lo problemático que es el lugar del periodismo, la gestión de las comunicaciones y el desarrollo de la ciudadanía como articulador de la sociedad contemporánea.

Desde el surgimiento de Internet y la expansión de las tecnologías (en este sentido profundo que ha impactado de lleno en nuestra vida cotidiana), hemos experimentado una suerte de democratización de la información, permitiendo que cualquier persona con un teléfono inteligente se convierta en un creador de contenido *para y desde* alguna plataforma. Lo que se reviste de una libertad de expresión, ha empoderado a los individuos, pero, también, ha dado lugar a cámaras de eco y burbujas de filtro, donde las personas a menudo están expuestas solo a información que se alinea con sus creencias preexistentes, ausente de la polifonía de voces que caracteriza el encuentro democrático.

Ante esto, las y los periodistas ahora tienen la tarea no solo de informar las noticias, sino también de desacreditar falsedades, escudriñando un mar de datos para, a partir de ahí, producir aquellas distinciones sobre lo posible y lo veraz que se encuentran debajo de la superficie. La responsabilidad de proporcionar información precisa y relevante nunca ha sido más crítica que en estos tiempos. Los periodistas deben esforzarse por cerrar la brecha entre el análisis de los expertos y la comprensión pública, reconociendo la diversidad de perspectivas y defendiendo la verdad como su principio rector.

Este escenario de transformación constante, descentrado en su apariencia, pero concentrado en torno a un nuevo paradigma, los diarios, revistas, radio y canales de televisión siguen siendo pilares fundamentales de nuestra democracia y, por cierto, de nuestra cultura. Sin embargo, enfrentan desafíos económicos significativos que amenazan su viabilidad, algo que hemos podido apreciar en los últimos años: los modelos tradicionales de ingresos para el periodismo se han visto trastocados, con los medios impresos luchando por sobrevivir y los proyectos independientes en plataformas digitales enfrentándose a la tarea de monetizar el contenido de manera efectiva.

Los medios de comunicación tradicionales, en tanto, se han enfrentado, además, a una disminución en los ingresos debido a la migración de anunciantes hacia plataformas en línea y llevado a una reducción en las suscripciones y ventas de diarios y revistas. Esta ha fundamentado repetidas crisis laborales de los periodistas, precarizando su labor constantemente, lo que afecta la calidad y la diversidad de la información disponible en el sistema mediático.

Para garantizar la supervivencia de los medios de comunicación tradicionales, es fundamental que el gobierno, las organizaciones de la sociedad civil, el sector privado y las universidades colaboren. Los gobiernos pueden ofrecer subvenciones para apoyar el periodismo de calidad y la producción de contenidos culturales. Las organizaciones de la sociedad civil pueden incidir en la importancia de apoyar medios de comunicación confiables y generar las condiciones e incidencia para consolidar los derechos de la comunicación. Las empresas privadas pueden desempeñar un papel crucial al invertir en publicidad en medios tradicionales y asociarse con ellos para crear contenido relevante, atractivo y de calidad para las necesidades de la población.

Es, también, una responsabilidad de las universidades articular esfuerzos para el desarrollo de proyectos periodísticos, desde nuevos tratamientos y coberturas que sean rentables social y económicamente. En ello, la academia tampoco debe limitar su acción a lo importante, pero ya evidenciada crisis, concentración mediática o sesgos editoriales. Hoy resulta cada vez más imperioso —si queremos resituar el valor del periodismo en la industria medial contemporánea—, avanzar más decididamente en la construcción propositiva para re-vincular a la ciudadanía con el periodismo profesional, identificar desde un trabajo interdisciplinario sobre cómo establecer nuevos mecanismos de financiación y, por cierto, ser capaces de proponer políticas públicas en el campo de los medios que favorezcan la disminución de las barreras para la generación de nuevos medios que estén al servicio de las más diversas comunidades.

Ante esto, una convicción: Más allá de las críticas al periodismo actual y su condescendencia con el poder, si formamos periodistas es porque, en gran parte, consideramos que los medios de comunicación tradicionales siguen siendo fundamentales para nuestra sociedad y son, ante todo, un componente clave en la construcción de todo proyecto democrático. El análisis profundo, una verificación de los hechos y un contexto que, a menudo, falta en las redes sociales y otras plataformas en línea, son demandas operativas, pero ante todo éticas de nuestra profesión.

La expectativa, entonces, más que renunciar a un sentido y un sello de nuestra formación, es reforzarlo desde la evidencia del cambio social que experimentamos. La demanda por un o una periodista que se identifique desde su función social con

una impronta ética debe ir a la par del desarrollo permanente de una avidez intelectual que le permita cultivar aquel pensamiento crítico que caracteriza al egresado de la Universidad de Chile.

Esto se acentúa cuando planteamos la necesidad de un periodismo que retorne a sus comunidades en las cuales encuentra su propia legitimación. Solo es posible la construcción democrática del convivir con un periodismo que retome los intereses de los ciudadanos y pueda trabajar, desde allí, la preocupación por el bienestar colectivo, es decir, lo propio de lo público. En su afán e interés nacional, la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile debe considerar, en conjunto con las otras universidades del sistema, la generación de proyectos innovadores para la satisfacción de los derechos de comunicación e información más allá del centralismo capitalino y dentro del marco de la pertinencia cultural que un Chile diverso exige.

Junto con la transformación tecnológica, lo cierto es que la configuración general de las comunicaciones en la sociedad contemporánea ha permitido ampliar el rango de acción de los y las periodistas. Ya visto desde la década de 1990, pero con una inusitada velocidad en los últimos diez años, la empleabilidad mayor de los periodistas ya no se encuentra en los medios convencionales sino en un amplio espectro de organizaciones. Esto ha generado una tensión entre el horizonte de la formación tradicional anclada en el ejercicio periodístico y la actual demanda de un gestor de comunicaciones que trabaje interdisciplinariamente, ya sea en *marketing*, la publicidad, la sociología o la ingeniería de datos, entre otras áreas.

Esto implica observar críticamente las condiciones bajo las cuales formamos a las y los periodistas y tomar decisiones en dicha dirección. Más que un declive de la formación, esto permite ampliar las condiciones en las cuales la formación universitaria de las comunicaciones se puede desarrollar y donde la base del periodismo tradicional pueda dialogar con los nuevos desafíos profesionales. Renunciar a innovar en esta línea sería restrin-

gir las posibilidades efectivas de incidencia en la construcción de lo público de nuestros egresados y, por cierto, desconocer la relevancia que tiene la universidad pública principal del país para formar líderes en estas nuevas competencias.

Además, es este el momento en el cual dichas decisiones cobran más importancia cuando el uso de la inteligencia artificial para la creación de contenidos está creciendo aceleradamente y la sustitución profesional es un escenario posible en las próximas décadas.

Finalmente, es importante consignar que la formación de periodistas y comunicadores tiene un desafío en el cual pocas veces reparamos: requiere de audiencias críticas. Atender a las futuras generaciones es también actuar sobre la base de las nuevas prácticas de consumo y las nuevas audiencias. Es necesario, entonces, construir un periodismo para las nuevas generaciones, abierto a sus propias prácticas y procesos de comunicación, pero, al tiempo, demandantes y críticas con respecto a la selección anclada en algoritmos.

La formación periodística universitaria deberá configurar un diálogo permanente con la educación ciudadana si se quiere conservar el ejercicio periodístico desde un sentido social mayor. Sin esa articulación entre un periodismo de calidad, la intersección de su desarrollo con nuevos procesos comunicativos en donde se encuentren con nuevos públicos y la vocación ética-pública que nos ha definido durante este siglo, difícilmente podamos cumplir las dimensiones previstas en aquel debate fundacional entre Lippmann y Dewey.

Así, las nuevas respuestas necesarias para aquellos problemas del periodismo que se actualizan en este siglo XXI, son el eje fundante de las próximas décadas de la formación de las y los periodistas. Un legado que toma la posta de los 70 años que conmemoramos pero que tiene el desafío de expandir su misión y transformar las posibilidades para el periodismo y las comunicaciones de cara al país, su proyecto democrático y sus comunidades.

- Sobre el autor:

**José Miguel Labrín** es Director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Doctor en Comunicación, Cambio Social y Desarrollo por la Universidad Complutense de Madrid.